

**INTRODUCCION.**

AL PANORAMA QUIRÚRGICO—MÉDICO DE LAS  
ISLAS CANARIAS.

*Diálogos entre D. Justo, Doctor en Medicina, y D. Toribio,  
Licenciado en Cirujia - mèdica.*

*Dedica estos diálogos su autor*

A LOS HABITANTES DE LA ISLA DE GRAN-CANARIA,  
SU NUEVA PATRIA.

..... *¡ Amarga realidad !*  
*¡ Por qué rasgaste el manto que á mis ojos*  
*Un mundo me ocultaba sin moral ?*

*( D. José P. Sanson )*

1845.

GRAN-CANARIA.

IMPRESA DE LAS PALMAS, CALLE DE LOS CANONIGOS N.º 15.

IMPRESOR J. ORTEGA.

Quand est-ce que toute la milice d'Esculape ne sera plus  
composée que de gens capables de penser par eux mêmes?

Federé: *Leçons sur les epidémies et l'Hygiène publique.*

Tom. 1. pag. 409.

(2)

# INTRODUCCION

## al panorama quirurgico-medico de las islas Canarias.

---

### DIÁLOGOS

*entre D. Justo, Doctor en medicina, y D. Toribio, Licenciado  
en cirujia médica.*

### DIÁLOGO PRIMERO.

---

D. TORIBIO. Buenos dias, Sor. D. Justo.

D. JUSTO. Sea Vd. muy bien venido, Sor. D. Toribio. Sirvase Vd. tomar asiento ; Que cansado viene Vd !

D. TORIBIO. ; Ya ! . . . ¿ es nada la epidemia de *gastro- anteritis* que tenemos encima ?

D. JUSTO. ; Está Vd. á la rigurosa ! . . . Dispenseme Vd., Sor. D. Toribio: yo le habia creida á Vd. de la seccion de las acrimonias.

D. TORIBIO. Pues no, Señor: porque si es cierto que en mi colegio se estudiaba la pathologia ( 1 ) de Boerhaave, tambien es verdad que yo ni esa, ni otra estudié; y entregado despues, durante treinta años consecutivos, á la práctica mas brillante y mas dilatada, nunca tuve tiempo para abrir un libro de medicina.

En el año de 1832 vino, por casualidad, á mis manos el tratado de terapéutica de Mr. Bégin. Mis ocupaciones no me permitieron leer toda la obra; pero lei algunos capítulos, y quedé iluminado. ; Qué sencilla es, mi amigo, la naturaleza ! . . . ; Que ciegos son los hombres ! . . . ; Seis años estuve en un colegio, sin lograr aprender en él, lo que tan fácilmente se aprende en una semana !

D. JUSTO. Mr. Bégin fué, para Vd., Sor. D. Toribio, un Espiritu-Santo fisiológico.

---

( 1 ) *PATHOLOGIA: tratado de las enfermedades.* ( Nota del editor. )

D. TORIBIO. Pues sí, Señor. Y dejemonos de sonrisas irónicas: porque el hecho es que despues que profeso, con todas mis potencias, la Doctrina del Gran Maestro Brussais, apenas pierdo la mitad de los enfermos que solia perder antes.

D. JUSTO. ¿ Y en que proporcion están los enfermos que Vd. pierde, Sor. D. Toribio, despues de la feliz iluminacion ?

D. TORIBIO. Puedo, sin vanidad, alabarme de que, en la escala inmensa de *la gastro - anteritis*, empezando por los estornudos, ó por el romadizo simple, y acabando por la pulmonía, ó por la calentura pútrida, yo apenas pierdo veinticinco enfermos sobre cada ciento.

D. JUSTO. ¿ De modo, Sor. D. Toribio, que, cuando Vd. profesaba otras doctrinas, era Vd. peor que la fiebre amarilla y que el cólera asiático !

D. TORIBIO. Y no hay de que admirarse: en los colegios nos enseñaban muchos errores.

D. JUSTO. Hizo Vd. muy bien en, durante los seis años de colegio, estudiar lo ménos posible; y despues cerrar los libros: sin esa precaucion estaba Vd. espuesto á morir en el error.

D. TORIBIO. Es lo que no deja duda: pero la cirujía abre mucho el entendimiento. ¡ Ya ! . . . ; trata de cosas que se ven y se palpan !

No nos cansemos: la cirujía es el todo. Con la cirujía y el inmenso descubrimiento de Mr. Brussais, á no ser el profesor mui bolo, recetará siempre al golpe, y sin ningun embarazo, en todos los casos que puedan ocurrir en la práctica de *ambas facultades*.

Por otra parte, cuando muere el enfermo en manos de un *médico puro*, la reputacion de este padece siempre infinito. Todo lo contrario le sucede al *médico - cirujano*.

Aun no ha espirado la víctima, y ya envia á su casa *el profesor de ambas facultades* la bolsa de los instrumentos. Abre luego el cadáver. Los circunstantes, medio atónitos y medio affigidos, admiran con terror religioso la inmensa habilidad del facultativo que siempre pone á la vista de sus oyentes las causas evidentes de una muerte inevitable.

D. JUSTO. Paréceme, Sor. D. Toribio, que, por lo que respecta al arte de curar, se muestra Vd., al mismo tiempo, furiosamente progresista y escesivamente retrógrado.

D. TORIBIO. ¡ Hombre ! ¿ Me sucederá á mi en medicina, lo que, en política, sucede á otros. ?

D. JUSTO. Ni mas, ni ménos.

Vd. supone ( como todos los que despues de haber leído las obras de Mr. Brussais, ó sin leerlas, se proclaman sus discípulos ) que el profesor

de Paris abrazó en una fórmula, tan sencilla como general, toda la *pathologia*; y en otra fórmula, semejante á la primera, toda la *terapéutica*: pero ese progreso infinito es imaginario; y nada se parece ménos á la realidad de los hechos, que las ideas exclusivas del declamador *du Val-de-Grâce*.

El progreso de Vd., Sr. D. Toribio, es como todos los progresos escesivamente rápidos; como todos los progresos de una semana.....

En cuanto al retroceso, nada hay mas positivo. Vd. afirma que *la cirugía es el todo*; y eso equivale á sostener que la parte es igual al todo ó que es mayor que el todo. Supongo que así sucederá en la filosofía de muchos cirujanos

D. TORIBIO. Pues, Señor, léase Vd. la Ley orgánica, de Julio de 1827, y verá si tengo ó no tengo razon. ¡ Todo está allí hecho para la cirugía Sin ser cirujano, no hay que esperar poder ser nada en la Facultad: pero ejerciendo la cirugía, se puede serlo todo. La cirugía es lo esencial, la medicina lo accesorio,

D. JUSTO. ¡ Así va ello !... Mas ¿ es posible que, para probarme Vd. que no es retrógrado en el arte de curar, se apoye Vd. en ese decreto *calomardino*, tan funesto á la salud pública, como á la ciencia médica ?

D. TORIBIO. Si á otra cosa no se atiende que á la salud pública y á los adelantos de la ciencia, no hay, ni puede haber cuestion.

D. JUSTO. ¿ Y á que debe atender, en primer lugar, un hombre honrado, un médico amante de su profesion ?

D. TORIBIO. Siga Vd. esa máxima, que sus honrados conciudadanos le darán el premio.

*Los hombres no merecen que otro hombre se sacrifique por ellos.*

Ese era el credo de un médico de mucho mundo, que habia logrado hacer de la sociedad un tablero de damas. Yo he arreglado mi conducta á ese símbolo de mi fé médica: y no tengo de que arrepentirme; porque estoy convencido de que la sublime filosofía de Platon no es semilla para producir buenos frutos en tierra de pueblos pequeños.

D. JUSTO. Puesto que Vd. no cree ni en la felicidad intelectual, principio de otra vida mejor; ni en la existencia de los intereses y placeres puramente morales; sigamos hablando del materialismo quirurgico.

D. TORIBIO. ¡ Ese es mi fuerte !

D. JUSTO. Pretende Vd. realzar el mérito de los *médicos-cirujanos*, encomiando el uso que hacen de la anatomía *pathológica*. Me parece que el *médico puro* mas preocupado é irritable no hubiera acertado á satirizar á los profesores de ambas facultades con la causticidad que Vd., sin que-

rer, los satiriza.

D. TORIBIO. Pero, en fin, ellos hacen brillar la profesion: porque ciertamente ningun ramo de la ciencia dá tanta importancia al profesor, como la anatomia pathológica. ¿Qué cura llegó jamas al mérito de una autopsia? ( I )

D. JUSTO. Ningun ramo de la ciencia médica, Sor. D. Toribio, abunda en errores como ese nuevo ramo: errores hijos de la importancia exagerada que ciertos autores han dado á las aberturas de los cadáveres, y de la confianza esclusiva que en ellas han puesto.

Ahora ¿si eso es la anatomia pathológica en manos de sabios, qué será en manos de embaucadores? Un nuevo medio para alucinar al público.

D. TORIBIO. Por ese lado me tiene Vd. cogido; lo confieso. Pero si la polilla no ha destruido ya mis libros, leeré en ellos esta noche. ¡ Oh ! ; esta noche no he de acostarme ! Y mañana, Sor. Doctor, le he de demostrar à Vd., matemáticamente, que *la cirujia es el todo*, pues es la base y fundamento del arte de curar. A Dios, Sor. D. Justo.

D. JUSTO. Hasta mañana, Sor. D. Toribio.

---

( 1 ) *Si D. Toribio habla de sus curas, tiene muchisima razon: pues ciertamente nada vale ménos que las pretendidas curas de un medicastro empeñado en hacer creer al público que es un gran médico, porque ha roto mil pares de botas trotando de casa en casa para, con sus desatinos, convertir en enfermedades graves las simples desazones, hacer tocar à muerto con frecuencia y dar ganancia al enterrador. ( Nota del editor. )*



DIÁLOGO SEGUNDO.

D. JUSTO. He esperado á Vd., en vano, todos estos dias, Sor D. Toribio; y ya habia perdido la esperanza de volver á verle tan pronto. Sirvase Vd. tomar asiento.

D. TORIBIO. Cuando el público se entusiasma con un facultativo, no le deja tiempo ni para el preciso descanso. Todos los diez dias, en que no nos hemos visto he tenido que ir á ver enfermos en los pueblos vecinos. Hoi mismo querian que yo hiciera otro viage; pero rehusé, por que no es uno de bronce: y saliendo de mi casa temprano para venir á visitar á Vd., me llamaron, con urgencia, para el hijo de la Sra. Da. \* \* \*

He tenido que aplicarle sanguijuelas á la nuca, al estómago, á los muslos, pantorrillas, y tambien se las puse en las plantas de los pies. Luego le apliqué seis ventosas. En fin, lo he dejado con ocho vegigatorios.

D. JUSTO. ¡ En que estado tan deplorable debe hallarse ese pobre jóven !

D. TORIBIO. Sin duda: tiene un romadizon tremendo; y si no se apuráran todos los recursos del arte, estaba el chico muy espuesto á que, si el mal iba para arriba, le resultase una *cephalitis*, ó una *aragnitis*; y, si iba para abajo, una *pleuritis*, ó una *pulmonitis*, ó que sé yo. La prevision, amigo D. Justo, es la gran dote del profesor del arte de curar.

D. JUSTO. Ya veo. . . . Si el paciente tose de aqui á la noche, hará Vd. que le administren, de prisa, los Santos Sacramentos.

¡ Qué afliccion ! ¡ Qué angustia para una madre ! - Pero así será el agradecimiento cuando haya salido el paciente de la calentura que han de causarle ocho vegigatorios.

D. TORIBIO. Esa calentura, Sor. D. Justo, es útil, es necesaria.

D. JUSTO. Mas necesaria y útil para el médico que para el enfermo.

D. TORIBIO. ¿ Ya empieza Vd. con sus chuscadas ? . . . .

D. JUSTO. ¿ Y qué tisana ordenó Vd. al paciente ?

D. TORIBIO. Absorvieron mi mente las utilidades de las sanguijuelas, ventosas y vegigatorios de tal modo, que me olvidé del agua gomosa. Pero ya la dispondré en la visita de por la tarde; y la familia conocerá mejor entonces sus ventajas y mi gran tino; pues á fé que, á esa hora, la necesitará mui mucho el chico. ¡ Ya ! ¡ El estímulo de ocho vegigatorios como ocho demonios ! . . .

D. JUSTO. Vd. me ha dicho, Sor. D. Toribio ( y yo así lo creo ) que la prevision ha de ser una de las primeras cualidades del médico. Ahora ¿ cómo no ha previsto Vd. la inflamacion de la vegiga que puede resultar de

esa profusion de vegigatorios? ¿ó la del cerebro, qué, despues de la vegiga, es el órgano que mas afectan las cantáridas?

D. TORIBIO. Hombre, si Vd. es mi amigo, déjese Vd. de honduras; no se divierta Vd. en embrollarme las ideas: le saqué muchisima sangre al paciente, y por lo mismo espero no sucederá nada de lo que Vd., con razon teme.

D. JUSTO. Forzoso es, Sor. D. Toribio, que Vd. convenga conmigo en que padecen mucho los enfermos, y están con frecuencia mui espuestos, cuando los dirigen sugetos que creen ( ó quieren hacer creer á los demas ) que *la cirujia es el todo.*

La última vez que Vd. estuvo aquí ofreció *demostrarme* esa proposicion. Ya habrá Vd. registrado toda su biblioteca quirúrgica. Yo deseo ver como cumple Vd. el empeño contraido.

D. TORIBIO. ; Déjeme Vd. ! ! . Un enfado como el que tuve anoche habia mas de treinta años que no me lo tomaba. ; La culpa tiene quien pone libros de ciencias en manos de mujeres. !

Quando nos casamos ( en el mes de Enero del año primero de este siglo ) entregué á la mia los que saqué del colegio. Anoche le pregunté por ellos; y me contestó, con toda la indiferencia de una persona que no conoce el mérito de las obras científicas: " Tu hijo Serapio los empleó, hace cosa " de veinte años, en rabos para las cometas. Y como yo veia que tú no los " necesitabas, no me opuse á que se ahorrasen algunos pliegos de papel " limpio y bueno. "

D. JUSTO. Bien vé Vd. que el equívoco de la Señora es mui perdonable.

D. TORIBIO. ; Perdonada sea de Dios, por haberme dejado indefenso contra los ataques de Vd ! - Pero al cabo soi, y he sido siempre, hombre de muchisimos recursos. Aquí está mi persona, que es la prueba mas convincente de mi proposicion. - ; Ciertamente, Sor. D. Justo, que Vd. no se esperaba á ver *la demostracion personificada.* !

Mireme Vd. bien . . . . porque aquí donde Vd. me vé he ganado mas de sesenta mil pesos en el ejercicio de *ambas facultades*: habiendo sido siempre la cirujia mi base de operaciones científicas, como á Vd. no se le puede ocultar. - Ahora ¿ qué *médico puro* ha ganado jamas, en estas islas, semejante dineral. ?

D. JUSTO. No todas las demostraciones convencen: pues con frecuencia sucede que los demostradores dan por absolutamente cierto, lo que no tiene otro mérito que el de ser evidentemente absurdo.

Vd., Sor. D. Toribio, nos dá su persona para modelo de la demostracion que no pudo hallar en sus libros. Pero ¿ lo ha pensado Vd. bien ? . . . ; Y

cómo no ha visto Vd. que la consecuencia que saca de sus ganancias es mas que ridícula? - De que para con las tres cuartas partes del género humano valga mas el error que la verdad ¿ se podrá deducir acaso que aquel es la verdad y esta la mentira?

D. TORIBIO. Confieso que nunca he sido mui allá en Metafísica. Por lo mismo le es á Vd. mui fácil confundirme. Pero yo no me doi por el fénix de los *médico-cirujanos*. A otros compañeros les ha sucedido lo mismo, mismísimo que á mí: y yo, entre racionios y hechos, á los hechos me atengo.

D. JUSTO. Cierto, Sor. D. Toribio: es un hecho que charlando sin fin; instrumentando sin necesidad; cortando, destrozando, desatinando de mil modos, se alucina al vulgo, que, atónito con tanta cosa, se deja, de grado, limpiar el bolsillo. ¿ - Mas prueba eso acaso que *la cirujía es el todo*?

Será *el todo* para los embaucadores; y, desgraciadamente para los embaucados, tambien será para ellos *el todo*: pero á los ojos de la filosofía la cirujía es solamente una duodecima parte de la medicina. No hai mas que echar la vista sobre un buen plan de estudios médicos, para quedar convencido de esta verdad.

D. TORIBIO. El pueblo no entiende de filosofías ni de planes, Sor. D. Justo: el pueblo quiere otra cosa; y la voluntad del pueblo es ley suprema.

D. JUSTO. Sobre todo, ya se sabe lo que desea *el pueblo - médico*, y lo que le conviene, y cual es su voluntad.

D. TORIBIO. ¿ Con qué Vd. llama *pueblo médico* á la respetable clase de los *médico-cirujanos*!

D. JUSTO. Yo llamo *pueblo-médico* á la numerosísima clase de los botarates que, sin talento, sin estudios y sin conocimientos, se valen de amaños mas ó ménos ridículos é inmorales, para pasar por hombres mui hábiles, y traficar con el todo, ó con alguna de las partes del arte de curar.

D. TORIBIO. ¿ Y aunque tengan sus títulos?

D. JUSTO. ¿ Envilecen ménos por eso su noble profesion? ¿ Son ménos perjudiciales á la sociedad? ¿ Dejan, por tener sus títulos, de ser la sátira de la inteligencia humana?

D. TORIBIO. Pues ¿ qué quiere Vd.? ¿ qué cada profesor qué se dedica al ejercicio de una de las dos facultades, ó de ambas, estudie tanto como si hubiera de ser catedrático en Paris, en Edimburgo, ó en Montpellier?

D. JUSTO. Sí, Señor: debe estudiar el médico práctico tanto como un catedrático; por que se trata de la vida de los hombres, y seria una horrible inmoralidad jugar con ella como se juegan *los dados*. Le será al médico práctico permitido prescindir de aquellos objetos de puro adorno, en los cuales hace, con frecuencia, consistir el catedrático su principal mérito: **mas debe emplear todos los dias cinco. ó seis horas en leer, con reflexion, las**

mejores obras de medicina, teórica y práctica, que se han escrito en diferentes tiempos y naciones, sino quiere ser el azote de sus conciudadanos y la afrenta de sus compañeros.

D. TORIBIO Vd. trastorna enteramente mis ideas. ; Con qué imprevisión vive la mayor parte de los hombres ! . . . ; Siniestros presentimientos agitan mi alma ! ! !

Yo necesito, amigo D. Justo. discutir con Vd. mis opiniones médicas, para ver despues si he de continuar ejerciendo una profesion, que ya conozco no es tan fácil de aprender, como se lo persuaden muchos. Con este objeto ruego á Vd. me permita que vuelva á hacerle mañana otra visita.

D. JUSTO. Esta casa es de Vd., Sor. D. Toribio.



(10)  
DIÁLOGO TERCERO.

D. TORIBIO. ¡Hola! Sor. D. Justo: Vd. siempre encantado con la lectura de sus autores médico - filósofos.

Por lo que á mí toca, no necesito ni del *análisis médico*, ni de las *fuerzas vitales*, ni de los *elementos pathológicos*, ni de las *leyes terapéuticas*, ni de nada que se parezca á esa ininteligible ontología de los médicos metafísicos, para trazar planes de cura estupendos.

Hoy me han llamado para un caso idéntico al de ayer, y . . . .

D. JUSTO. Por supuesto, habrá Vd. ordenado cien sanguijuelas, seis ventosas sarjadas y ocho vegigatorios.

D. TORIBIO. No Sor., que no soy ningún rutinerero. ¡Ya! . . . ; Cuarenta años de práctica en ambas facultades!!!

D. JUSTO. Y para hacer Vd. ver la prodigiosa fecundidad de sus recursos ¿qué ha recetado Vd. al enromadizado de hoy?

D. TORIBIO. Es el joven para quien me han llamado hoy hijo único de un indiano riquísimo; cuenta diez y siete primaveras; es sanguíneo, robusto, pletórico; tiene muy buen apetito, la lengua encarnada, el pulso fuerte, la orina encendida. Pero la fluxion que se dirige á la membrana mucosa de la nariz es cosa seria, pues todos los días empapa el muchacho dos pañuelos: uno por la mañana y otro por la tarde. Para salir al encuentro á aquella fluxion he dispuesto se aplique un vegigatorio á la frente del enfermo; después de haber hecho ver á sus padres lo espuesto que el chico estaba á una inflamacion mortal de las membranas del cerebro.

El indiano ha celebrado mucho mi ocurrencia; ha quedado muy satisfecho con mi aplicacion: dice que ha corrido toda la América, y jamás ha encontrado un Doctor cuyas ideas convengan tanto con las suyas. En efecto el raciocinaba como yo: "La flema, decía, baja de la parte superior de la cabeza; por consiguiente el vegigatorio puesto en la frente debe curar el mal, impidiendo que aquel humor llegue hasta la nariz."

Me he despedido anunciando mi vuelta por la tarde, y recomendando que no se dé al enfermo agua, por ningún caso; pues ese indigesto líquido le podría encrudecer la flema y causar, por consiguiente, graves males.

D. JUSTO. ¿Qué pronto ha olvidado Vd. las iluminaciones del Apóstol Béguin!

D. TORIBIO. Hombre, las sanguijuelas y el agua gomosa no producen buenos efectos, sino casa de los petimetres. El indiano jamás ha oido hablar de la *Doctrina fisiológica*. Si me viera ordenar *remedios frios*, me toma-

ría por un zopenco; nunca volvería á llamarme; y, por una falta de prevision, quedaria yo privado de las inmensas ventajas que me prometo sacar del entusiasmo de mi indiano.

D. JUSTO. Ayer, cuando nos despedimos, Sor. D. Toribio, creí ver asomar los remordimientos á su rostro de Vd.; pero desgraciadamente hoy adquiero la triste certidumbre de que hábitos de cuarenta años son irremediables.

D. TORIBIO. ¡ Yo pensaba que *médico - filósofo* queria decir otra cosa! . . . ¡ No faltaba sino que hasta en la cirujía nos vinieran á meter el romanticismo!!!

*Médico - filósofo* ¿ querrá, por casualidad, decir médico predicador?

D. JUSTO. No trato de convertir á Vd. Estoy por otra parte convencido de que sería empresa vana.

¡ Dios mio! ¡ Sacrificar tantas víctimas al deseo de embolsar oro! ¡ Cubrir tantas familias de luto, sin temor y sin remordimientos!

D. TORIBIO. ¡ No digo que es Vd. médico predicador! . . .

D. JUSTO. No soi predicador, Sor. D. Toribio, pero creo que el verdadero médico en lo último que piensa es en los honorarios. - El individuo que empieza por calcular cuanto podrá pescar á Juan, cuanto á Pedro, enfermos; ese individuo no es médico: es un *prestigiador*, incapaz de elevarse nunca á la altura de la mas noble de las ciencias.

El médico, digno de este título, es tambien, Sor. D. Toribio, moralista profundo. La necesidad de meditar continuamente sobre el hombre le familiariza con la teórica y la práctica de la moral. Esta ciencia es compañera inseparable de la verdadera medicina.

D. TORIBIO. ¿ Y que moral tienen, ni tendrán jamás, esos muñecos que, á docenas, ejercen por ahí ambas facultades, sin mas luces que las que pueden suministrar unos manualitos que caben en los bolsillos del chaleco?

Yo sé mui bien ( por que eso cualquier mugerzuela lo sabe ) que un romadizo se cura con abrigarse y beber, estando á dieta, algunos vasos de agua de borraja. Por lo mismo me acusará Vd. de que hago valer de demasiado el oficio.

Pero es preciso dar, á los ojos del vulgo de todas las clases, la mayor importancia posible á la facultad: si se descuida ese punto esencialísimo, la ciencia cae en desprecio; y valdria mas ser cualquier cosa, que ejercer la medicina.

Los profesores que estudian cinco ó seis horas diarias son mui raros. Los que á ese estudio unen el verdadero tino médico, y pueden, por consiguiente, hacer realmente grandes curas, son mas raros todavía. ¿ Qué recurso nos queda á los que de ambos requisitos carecemos? - Para no mo-

rinos de hambre tenemos que hacer milagros apócrifos.

La ley de la conservacion del individuo, mi amigo D. Justo, es ley mui imperiosa. Ella nos obliga á prestar un esceso de gravedad á ciertas enfermedades. Ella nos impele á poner en cierto grado de consternacion á las familias: y nadie se atreverá á, contra la esperiencia, negar que éste es el método mas seguro para fabricarnos estupendas reputaciones.

Por otra parte, los hombres aman las ilusiones: no parece sino que son para ellos un alimento indispensable. ¿ Y qué artificio mas inocente que aquel con que se consigue satisfacerles esa necesidad ?

Ademas, yo nunca acudo á mentiras para lograr el honesto fin que me propongo. Digo, v. g., que se presenta un *Coriza con ribetes de GRIPPE*: añadiendo que la calentura puede malignizarse; que la fluxion puede dirigirse sobre tal ó tal órgano esencial á la vida y causar de este modo enfermedades graves, funestas. ¿ Me podrá Vd. negar estas posibilidades ?

D. JUSTO. Trabajo me cuesta, Sor. D. Toribio, para no ver en Vd. uno de aquellos rédomados terapéutas israelitas que en los siglos XV y XVI adquirieron tanta fama y dinero, *haciendo valer el oficio*.

D. TORIBIO. Vea Vd. en mi lo que guste: pero no podrá Vd. dejar de convenir conmigo en que no soi ninguno de esos mentecatos que, rabian-do por adquirir reputacion de grandes profesores, y sin saber otra cosa que las nomenclaturas que en los manualillos han aprendido, bautizan de pulmonía grave y peligrosísima al simple catarro del pulmon; disponen cuatro sangrías, por lo ménos, y crean enfermedades que no existirian sin su charlatanismo.

D. JUSTO. Quisiera ver ahora aquí uno de esos sugetos: por ignorante que Vd. le suponga, nunca lo sería tanto, como para no poder retorcerle á Vd. perfectamente el argumento.

D. TORIBIO. Pero yo no digo mentiras.

D. JUSTO. ¿ Y es Vd. ingénuo, Sor. D. Toribio, cuando aparenta Vd. temer que un catarro de la nariz se convierta en esta ó aquella enfermedad grave, peligrosa, sino se aplican algunas docenas de sanguijuelas, seis ventosas y ocho vegigatorios ?

D. TORIBIO. Vd. hila demasiado delgado. Déjese Vd. de esos sueños de perfeccion, en los cuales no encontrará Vd. nada de positivo, sino la guerra que le hagan sus paisanos, quejosos de ver en esos bellos sueños filosóficos la sátira de unas costumbres con las que tan perfectamente se halla la inmensa mayoría.

Sobre todo, á mi, que tengo cuarenta años de práctica, *en ambas facultades*, no me confunda Vd. con esos tontuelos. Soi ya un profesor es-

perimentado: ellos son, cuando mas, estuches de nomenclaturas; ó profesores de pantomima médica. En dos palabras: *médicos para tontos*.

D. JUSTO. Esos sugetos de quienes Vd. habla, y á quienes enviaron sus padres á Francia para estudiar la ciencia médica, me inspíran compasion: la ley es cómplice de sus faltas.

En efecto, supone la ley orgánica de los estudios médicos, en aquel Reino, mucha aplicacion de parte de los estudiantes, y el mayor saber posible en los catedráticos. De aquí resulta que los catedráticos no enseñan á sus discipulos, como sucede en naciones ménos adelantadas, los elementos del ramo de cada asignatura: otra es la mision del catedrático frances. Recomienda á sus oyentes dos ó tres obras elementales que deben leer continuamente, y él, en sus discursos, discute los puntos mas elevados y dificiles de la ciencia. Para jóvenes aplicados, estudiosos y de capacidad no vulgar es aquel método escelente: con él adelantan mucho; con él se robustecen sus entendimientos; y estos jóvenes privilegiados se colocan, al cabo de mui pocos años, á una altura científica, que con el método puramente elemental será siempre imposible alcanzar.

¿ Pero que sucede con los estudiantes perezosos, indolentes y de vulgar capacidad ?

Seducidos por las diversiones y placeres que las ciudades grandes ofrecen á la juventud, pasan todo el tiempo del curso académico sin estudiar, sin leer. Esta falta de lecturas, de estudio y de reflexion les pone en la imposibilidad de entender á los sabios á cuyas lecciones asisten. Cada dia les fastidia mas la ciencia; por que cada dia se hallan mas incapaces de comprender sus verdades.

Llega, en fin, el tiempo de los exámenes y grados. ¿ Qué hacer ? Entonces se echa mano á los manualillos. Para cada examen hay un manual. Con la nomenclatura del ramo sobre que versa el examen, y mucha indulgencia de parte de los Sres. examinadores queda nuestro hombre aprobado. ¡ Qué triunfo ! Pero semejantes triunfos favorecen demasiado la pereza de individuos acostumbrados ya á ese vicio. Los resultados son los que Vd. y todos hemos observado (1)

D. TORIBIO. ¡ Venga un abrazo !. . . ¡ Ha hablado Vd. como un San Pa-

---

( 1 ) Mucho peor era lo que sucedía antes de la primera revolucion francesa. Ademas de las dos celebres escuelas de Medicina de Paris y Montpellier habia diez y seis ó diez y ocho universidades de segundo órden que ni talento, ni estudios, ni exámenes exigian de los individuos que tanian el capricho de ser doctores. Escuchemos á JOHN GROSS.

bio ! - Quiero que Vd. me escriba todo lo que acaba de decirme. Yo los pondré sacados de la pieza en la primera ocasion que se presente.

D. JUSTO. Apostaria, Sor. D. Toribio, que ha ocurrido algun lance desagradable entre Vd. y sujetos de la clase de que estamos hablando.

D. TORIBIO. Le contaré á Vd. lo que me sucedió, hace hoi ocho dias. - Un caballero, compadre mio, ( á quien debo mucho cariño ) que gusta de comer bien, y con frecuencia me convida para que le acompañe, amaneció con una indigestion, de resultas de una cena, en la cual tomé por cierto mi buena parte.

Dispuse que se estuviese á dieta, y bebiese, cada dos horas, una taza de cocimiento de ojas de naranjo con quince gotas de éter.

D. JUSTO. ¡ Qué concienzudo anduvo Vd. esta vez ! . . .

D. TORIBIO Vd. no pierde ocasion, Sor. D. Justo: pero vamos al asunto.

Hace años que mi compadre experimenta varios síntomas de una grande debilidad de estómago; y tambien hace años que por lo mismo, vive sujeto á frecuentes indigestiones: mas siempre pasaban estas, en pocas horas, con el auxilio del precitado plan.

La de hoi hace nueve dias se prolongó, acompañada de dolores de vientre, y de un horror invencible á toda especie de alimento. Mi comadre ( que quizá sabia que habia de por medio algo mas que la cena, y temia sin duda fatales consecuencias ) dispuso se convocase una junta.

Vinieron tres caballeros brusaisistas, que desde luego me cogieron en flanco, acribillandome con repetidas descargas de términos técnicos, todos acabados en *ite* y mezclados, segun uso y costumbre, con muchas desvergüenzas ; *INCENDIARIO !* - Con ese apóstrofe me regalaron repetidas veces, y á voz en grito, aquellos tres furiosos deflogisticadores.

Llegose, en fin, al punto de que cada uno manifestase su juicio. El mas moderno de aquellos tres Esculapios dijo, despues de haber puesto en orden su pera y vigotes:

" Es el caso mas positivo de *gastro - anterite* que he visto en diez

" *La plupart des universités secondaires, semblables à quelques unes de nos universités d' Ecosse, conférant, avec une facilité scandaleuse, les grades et les droits de médecin aux candidats les plus ignorans; et dédaignant même de les soumettre à d' inutilés épreuves, elles venaient quelquefois à des absens le beau titre de Docteur, et leur envoient par la poste leurs lettres d' admision.*"

( Paris et Montpellier. Ou tableau de la Médecine dans ces deux Ecoles. ) = Nota del editor.

años que llevo de ejercicio en la facultad. La gravedad de este caso patológico es palpable. Opino, por lo mismo, se apliquen al paciente cien sanguijuelas en el abdomen, para resolver simpaticamente la flegmasia de la membrana mucosa gastro-intestinal; y que todos los dias se le haga beber un cántaro de agua gomosa."

Asi que concluyó nuestro profundo fisiologista, tomó la palabra el compañero que le seguia en edad, y habló en estos términos:

"Soi del dictamen de mi honorable colega. Solamente añadiré que se empieze por dar al enfermo dos sangrias de los brazos, de veinte onzas cada una: porque su pulso me anuncia que la inflamacion es intensisima, que ya afecta todo el tubo digestivo, y que pronto terminará con la gangrena, sino se emplean los remedios mas enérgicos para atajar los rápidos progresos que, por momentos, hace el mal."

Despues de este profeta usó de la palabra el mas antiguo de los tres Doctores, y se esplicó como Vd. verá.

"Todo lo que han espuesto mis sabios compañeros ( dijo ) es tan conforme á la medicina moderna, á la medicina fisiológica, que aplaudiendo cuanto han opinado, como en conciencia debo, no tengo otra cosa que añadir, sino que despues que se hayan practicado las dos sangrias, despues que se hayan aplicado las cien sanguijuelas, y despues que se haya hecho beber al paciente un cántaro de agua gomosa, se le cubra toda la piel con cataplasmas de linaza. ¡ Oh ! ¡ La linaza es el grande específico contra las inflamaciones de la escuela del inmortal Brussais !"

Aquí llegaba el decano de los fisiólogos, cuando se presentó un pagecito, suplicándonos á todos, de parte del enfermo, que pasásemos á su aposento.

Estoi ya bueno, nos dijo este cuando hubimos tomado asiento junto á su cama. Acabo de hacer dos grandes vómitos, y con ellos han desaparecido la ansiedad, los dolores y la inapetencia.

D. JUSTO. No hay duda que quedó, por Vd. el campo de batalla.

D. TORIBIO. Si, Señor: la naturaleza de mi compadre me vengó completamente.

D. JUSTO. Felicito á Vd., Sor. D. Toribio.

D. TORIBIO. ¡ Qué mohinos se despidieron nuestros gastro-arteristas ! . . .

Digáme Vd., Sor. D. Justo ¿ en Francia hay cátedras de medicina clínica ?

D. JUSTO. ¿ Quien puede dudarlo ?

D. TORIBIO. Pues ¿ cómo esplicar una ignorancia tan crasa, una torpeza tal, como las que vemos en esos pretendidos profesores de ambas facul-

tades ?

D. JUSTO. Todo eso depende, en primer lugar, Sor. D. Toribio, de que ellos cayeron desde luego en el error de creer que *la cirujía es el todo*. Depende lo que Vd. observa, en segundo lugar, del poco talento y falta de aplicacion de la mayor parte de los individuos que abrazan la profesión médica. Y dependen, en tercer lugar, esa ignorancia y torpeza que tanto escandalizan á Vd., de haberse persuadido muchísimos hombres, de todas edades, que se puede ser médico con solo estudiar un sistema esclusivo, tan fácil de aprender, como es fácil esponerlo en medio pliego de papel.

D. TORIBIO. ¿ Se habrá Vd. encargado, Sor. D. Justo, de retorcerme el argumento ?

Me voi á visitar los enfermos: mañana continuaremos esta conversacion, que no deja de ser bastante seria: por lo mismo pide tiempo para reflexionar. - Abur.

D. JUSTO. A Dios, Sor. D. Toribio.



(91)

DIÁLOGO CUARTO.

---

D. TORIBIO. ¡ Ya no se puede ejercer la profesion médica ! . . . ¡ *Ambas facultades* yacen degradadas, sin ningun prestigio ! - Ni podia suceder otra cosa, desde que cayeron en manos de esos mocosos impertinentes.

D. JUSTO. ¿ Qué le ha sucedido á Vd., Sor. D. Toribio, pues viene Vd. tan enojado ?

D. TORIBIO. Diga Vd. que vengo furiosamente colérico, y dirá la verdad.

D. JUSTO. ¿ Ha habido alguna nueva junta ?

D. TORIBIO. ¡ Déjeme Vd. ! . . . .

He hablado á Vd. del hijo del indiano y del de la Sra. Doña \* \* \*  
Pues, Señor, fui ayer á visitar al último, cuando salí de aquí. Entró en su casa. Me dicen que pase al comedor. Le hallo almorzando. Quedome estupefacto. Las risas de varios jóvenes, que almuerzan con el convaleciente y su madre, me causan el mal humor que era consiguiente. El ex-enfermo toma en fin la palabra y me habla en estos términos:

" Sor. D. Toribio: ayer por la tarde, un cuarto de hora despues de haberme Vd. hecho su segunda visita, llegó á este pueblo mi amigo el Doctor \* \* que tengo el honor de presentar á Vd. "

" Siendo, en medicina, las opiniones tan varias, como libres, mi amigo opinó que mi principal mal dependia de los vejigatorios. Se le buscó á Vd. para que deliberasen juntos mi amigo y Vd. sobre el modo de aliviarme aquel dolor de cabeza isoportable y aquella calentura que me devoraba: pero no fué posible hallarle. Entónces un literato, amigo de mamá, que estaba presente, nos determinó á seguir el nuevo dictamen, repitiendo una sentencia que decia ser de Hippócrates: *judicium difficile, experientia falax.* "

D. JUSTO. Bien pudiera añadir el literato: *experimentum periculosum.*

D. TORIBIO. ( Eso lo añadiré yo. ) Pero escuche Vd. como concluyó nuestro semi-parisiense.

" En fin, me quitaron los vejigatorios; tomé el baño de tina que aconsejaba el Doctor, *en un cocimiento de linaza*; bebí tres vasos de agua gomosa; me quedé dormido á las diez de la noche, y he despertado hoy tan bueno como Vd. me ve: solo, sí, muy débil. Pero el Sor. Cura de nuestra parroquia, que acaba de salir de aquí, ha dicho á mamá que siendo Vd. un hombre tan honrado y tan religioso, creyó deber aplicarme sanguijuelas contra todas las inflamaciones posibles, presentes y futuras. "

D. JUSTO. Paciencia, Sor. D. Toribio: la calentura no ha sido tan útil como Vd. esperaba; y el gran milagro de curar á ese jóven estaba decretado que otro lo habia de hacer.

¿Cómo sigue el hijo del indiano?

D. TORIBIO. De allá vengo; y le he visitado hoi tan temprano por que en la visita de ayer tarde ya noté que tenia muchisima calentura.

D. JUSTO. ¿Cómo se halla hoi?

D. TORIBIO. Sigue creciendo la calentura; el dolor de cabeza es insupportable; tiene la lengua mui seca y casi tostada, el rostro encendido, los ojos ensangrentados; la orina es de color rojo oscuro; el pulso está lleno y duro; en fin ¡ delira ! . . .

Ni sé que hacerle. Mis planes se han trastornado de la noche á la mañana. ¡ Estoy tan turbado ! . . . . Y lo peor de todo es que ya empieza el indiano á hablar, entre dientes, de una junta.

D. JUSTO. Vuelva Vd. á ver el enfermo, Sor. D. Toribio. Quítele Vd. ese malhadado vejigatorio. Póngale Vd. en su lugar una cataplasma de arroz. Haga Vd. sangrar, del pie, al paciente. Disponga Vd., en fin, que se le apliquen ocho sanguijuelas detras de cada oreja, y que se le dé á beber agua de borraja nitrada.

D. TORIBIO. Voi corriendo: antes que esos charlatanes junteros persuadan al indiano que sin juntas no hai redención.

D. JUSTO, solo:

Ese atolondrado de D. Toribio buye de las juntas, porque no quiere descubrir en ellas su profunda ignorancia; ¡ Pero otros tan ignorantes como él las piden ! . . . Es verdad; mas hacen lo que los tres deflogisticadores con quienes se encontró D. Toribio, cuando el lance en casa de su compadre: desatinan armonicamente, porque en eso vá la ganancia. Con ese objeto ponen especial cuidado en la organización de las comparsas quirurgico-medicas que ellos llaman juntas.

¡ No parece sino que existen ya sociedades secretas de traficantes con la sangre humana, y que por eso los asociados acuden á todos los medios imaginables para alejar de las juntas á los que no están iniciados !

¡ Pobres enfermos ! . . . ¡ Pero mas desgraciados todavia los que quedan acá para llorarlos !!!

\* \* \* \*

( 17 )  
**DIALOGO QUINTO.**

D. TORIBIO. Buenas noches, Sor. D. Justo.

D. JUSTO. Tengo mucho gusto, Sor. D. Toribio, en ver que ya ha desechado Vd. aquel mal humor de hoy por la mañana.

D. TORIBIO. Bien dicen los médicos filósofos: que el arte de curar se parece mucho al arte militar. En efecto, sangre, muertes y una sucesión alternativa de triunfos y reveses.

D. JUSTO. ¿ Qué nuevo laurel adorna hoy vuestra frente, Sor. guerrero médico cirujano. ?

D. TORIBIO. ¡ La conquista del indiano es cosa hecha !

D. JUSTO. Y su hijo ¿ cómo sigue ?

D. TORIBIO. Lo sangré; le apliqué doce sanguijuelas detrás de cada oreja y seis á cada una de las sienas. Dispuse además un garrafón de agua gomosa. Ordené, en fin, se le rapase la cabeza, y se le cubriese, toda, con una cataplasma de linaza.

¡ Que riqueza de plan curativo ! . . . ¿ No es verdad ? - Sobre todo, no he querido dejar nada que hacer á esos anfibios transpirenaicos, oprobrio de ambas facultades.

D. JUSTO. Sor. D. Toribio: tiene mucho de cómico la guerra que Vds. se han declarado. - Los que miramos de lejos el campo de batalla vemos bien alguna diferencia de color en las banderas de Vds.; mas leemos en ambas el mismo léma:

**GUERRA, SIN TREGUAS, A VIDAS Y BOLSAS.**

D. TORIBIO. ¡ Pero ! . . .

D. JUSTO. Vamos: ¿ como hizo Vd. para mudar de plan con el chico del indiano, y asegurarse, sin embargo, de la tan deseada conquista del padre ?

D. TORIBIO. La elocuencia es mucho mas necesaria que la ciencia para el profesor del arte de curar. Por eso he hecho siempre mas sacrificios á Mercurio que á Esculapio. ( 1 )

En efecto, desde que estaba en el colegio empecé á cultivar mis talentos oratorios. Se nos obligaba á leer; y como á mi me han fastidiado siempre tanto los libros de medicina, casi no leía otra cosa que novelas. Desde aquel tiempo adquirí la abundancia en el decir, que, sin duda, ha ad-

---

( 1 ) ; *Qué de hombres que, faltos, como D. Toribio, de toda cualidad recomendable, hacen gala de sus defectos, de sus vicios, y hasta de sus crímenes hacen gala !!! ( Nota del editor )*

mirado Vd. en mi mas de una vez.

Si, Sor. D. Justo, preciso es convenir en que la elocuencia vale infinitamente mas que la ciencia, cuando se trata de obtener sucesos brillantes en el ejercicio de *ambas facultades*. La historia del indiano lo prueba con evidencia.

Arengué á mi hombre; y no solamente ( triunfando de su instinto y sus preocupaciones ) le he obligado á celebrar *los remedios frios*, sino que he hecho un ser sensible y generoso de un vil y empedernido avaro.

D. JUSTO. Veamos ese milagro, Sor. sacerdote del Dios Mercurio.

D. TORIBIO. Tres cuartos de hora despues de haberme separado de D. Hipólito volví á su casa y le hablé en estos términos:

" Yo no soi de esos médicos rutinarios, que casados siempre con su primer dictamen ( por no decir con su primer capricho ) jamás mudan sus planes de cura, aunque nuevas circunstancias lo exijan imperiosamente: primero consienten que mueran sus enfermos, victimas de un amor propio mal entendido. Semejante conducta, Sor. D. Hipólito, prueba, como Vd. vé, falta de lecturas vastas, de profundas meditaciones, de elevacion en los sentimientos y en las ideas. "

" Por lo que á mi toca, mi queridísimo amigo D. Hipólito, mi vida ha sido siempre una vida entregada al estudio, á la meditacion, á la observacion de la naturaleza, sus leyes y sus complicados fenómenos. Así es que todo lo que he ganado en el ejercicio de las dos facultades de Medicina y Cirujia ( que durante cuarenta años he desempeñado con el mas feliz éxito y con aplauso general ) lo he empleado en libros, en instrumentos de cirujia, de astronomía, de física y de química. "

D. JUSTO. ¿ No tuvo el indiano deseos de ver tantas preciosidades ?

D. TORIBIO. Grandemente me hubiera chasqueado con esos deseos. Pero déjeme Vd. concluir, y conocerá Vd., á fondo, lo que son los hombres.

" Cuando, no hace una hora, vi al niño, conocí que se principiaba á operar una grande revolucion en su máquina. Juzgué que toda la flema se iba á convertir rapidamante en sangre; y como las afecciones de esta especie tienen la mayor relacion con el estado del sol, corrí á casa á observar este astro con un anteojo de seis varas, que al efecto hice venir de Londres hace 15 años "

" Cubriase de manchas muy rojas, y como ensangrentadas, el gran luminar. Esto me anuncia que debemos sangrar, sin pérdida de tiempo, á nuestro interesantísimo enfermo, porque, sin esta precaucion, podría ahogarle la abundancia de la nueva sangre que con tanta actividad elaboran sus pulmones. - La cosa es de tal modo urgente, que al dejar con precipitacion mi anteojo, le he roto el vidrio principal. "

D. JUSTO. ¿ Ha leído Vd., Sor. D. Toribio, la historia de Gil Blas de Santillana ?

D. TORIBIO. Tanto que he aprendido de memoria esa famosa historia. Es mi manual de política. ¡ Cómo fecundiza el entendimiento aquella excelente obra !!! En mi larga carrera médico - quirúrgica yo siempre he vivido de inspiraciones; y todas se las debo á la lectura de aquella obra incomparable.

Vea Vd., Sor. D. Justo, en substancia, el tercer acto del dráma espasmódico que mi buen D. Hipólito y yo hemos representado.

Loco de contento mi indiano con la mejoría de su hijo, ha salido á recibirme hasta la calle. Ha arrojado su gorro de lana al aire. Me ha besado. Me ha abrazado. Ha regado mi rostro con un torrente de lágrimas que el gozo hacia brotar de su corazón paternal. En fin, Sor. D. Justo ( y esto es para mi lo mas patético ) me ha puesto, muy pasito á poco, un cartucho de cincuenta onzas de oro en la faltriguera del chaleco. Por último me ha llamado el Dios de la medicina: asegurando que enfermedades tan graves jamás se curan en América.

D. JUSTO. ¡ Es Vd. el Danton y el Pitt de la facultad !... No pasará quizá mucho tiempo sin que enferme ese buen padre. Entónces tendrá Vd. abierto un vasto campo, en el que ejercitar su sublime elocuencia y su profunda política.

D. TORIBIO. Dudo si continuaré ejerciendo la medicina. Me agitan encontrados pensamientos. Mañana se los comunicaré á Vd. - A Dios.

D. JUSTO. Hasta mañana, Sor. D. Toribio.



( 22 )  
DIALOGO SESTO.

D. JUSTO. ¿Qué pálido viene Vd., Sor. D. Toribio!

D. TORIBIO. Es nada?... Oí las cinco de la mañana sin haber dormido el mas ligero sueño. ¿Cuando uno se entrega á meditaciones profundas!...

D. JUSTO. ¿Sobre algun capítulo de Gil Blas?

D. TORIBIO. No Señor.

Voi á mudar de vida: eso no deja duda. Pero ¿he de continuar ejerciendo la medicina?

Por una parte mi indiano, su inmenso crédito, sus innumerables talegas, y tambien muchas personas ricas que tienen una fé ciega en mis luces: por otra esos *manualistas médico-cirujanos* empeñados en oscurecer mis glorias facultativas. . . . ¿Le parece á Vd. cosa fácil, Sor. D. Justo, hallar un camino acertado entre tan opuestas fuerzas?

En fin, carezco de ciertos datos para juzgar sin error á mis rivales de fama y lucro. - ¿Me quiere Vd. hacer el favor de imponerme en el método con que se estudian, en Francia, *las dos facultades*? Eso me podrá ser mui útil para formar un juicio aproximativo de la importancia que debo dar á mis enemigos.

D. JUSTO. Enviaré á Vd. un tratado de *metodología médica*, escrito por un sabio, de quien tuve el honor de ser discípulo; y nada le dejará á Vd. que desear aquella excelente obra.

D. TORIBIO. Por lo ménos dígame Vd. que cursos se leen en las facultades francesas de medicina.

D. JUSTO. En la que yo estudié habia dos cursos de anatomía: el uno anexo á la cátedra de fisiología, y el otro á la de pathología esterna y medicina operatoria. En esta última cátedra esponia el maestro la historia completa de cada afecto quirúrgico, y su plan curativo; indicando el régimen, los remedios, las operaciones que exige cada enfermedad, y ejecutando estas operaciones en el cadáver. Estos cursos, con el de química y farmacia, son los de la estación del invierno, dentro de la facultad.

En el mes de Abril empiezan los cursos de verano. Son estos los de pathología general y pathología interna; higiene privada y pública; terapéutica y materia-médica; historia natural de los medicamentos; medicina legal; botánica; historia de la medicina; metodología y bibliografía médica.

En un hospital están las cátedras de clinica interna y clinica esterna; en otro la de partos. Estas cátedras son de todo el año.

D. TORIBIO. ¡ Esa enseñanza es mui completa ! . . . Pero ellos no estudian la décima parte de todas esas cosas.

Sin embargo, podrá haber, entre tantos, alguno con talento, con aplicación; y que, abusando de esas ventajas, se venga á las juntas haciendo alarde de humillar á los demas con su erudicion, con su filosofia médica, con su orgulloso desprecio hácia lo que él llamará errores acreditados, charlatanismo médico, ignorancia é imbecilidad de la ciega y crédula multitud.

D. JUSTO. Lo mas terrible, en semejante caso, es que la incomparable obra de Gil Blas no enseña á salir airoso de las consultas orales: forma facultativos mas propios para el monólogo que para el diálogo, como ( bajo otro respecto ) decia Voltaire de cierto filósofo.

D. TORIBIO. ¡ Quien creeria que tuviese Vd. tanta propension á reirse del prógimo ! . . . Pero Vd. es mi amigo; y estoi bien seguro de que no revelará las flaquezas facultativas que desde luego descubrió en este su afectísimo que tanto le ama, y tan incapaz es de ocultarle nada.

Dígame Vd., amigo D. Justo ¿ en Francia la medicina y la cirujia están consideradas como dos facultades ?

D. JUSTO. En aquella Nacion, Sor. D. Toribio, la ciencia médica es UNA. La teoria pathológica abraza los afectos internos y los afectos externos. El médico estudia estos últimos, como el cirujano estudia los primeros: la enseñanza científica es comun á ambos. Pero llega el caso de hacer la aplicacion de los principios. Esta aplicacion se hace en el hospital bajo la direccion de sabios médicos y de hábiles cirujanos. En donde empieza *el arte* empieza también la division de la medicina en dos ramos: *clínica interna, y clínica esterna.*

Es indudable hay hombres que teniendo escelentes disposiciones para médicos, carecen absolutamente de habilidad manual; y hay otros que, dotados de esta última, se hallan faltos de aquel tacto, de aquel tino sin el cual no puede haber buen médico. Mui rara vez se encuentra un individuo que reuna las dos especialidades, manual é intelectual, de que acabo de hacer mencion.

D. TORIBIO. De modo que, en Francia, el médico es cirujano, pero cirujano teórico; y el cirujano es tambien médico, pero médico teórico.

D. JUSTO. Ese rumbo toman todos aquellos sugetos que aspiran á sobresalir en la práctica de uno de los dos grandes ramos del arte de curar.

D. TORIBIO. Y hacen mui bien. Ejercer las dos profesiones al mismo tiempo y con igual talento es imposible. Obstinarsé en ese imposible es no querer pasar nunca de la linea de *semi-médicos y semi-cirujanos*, Aho-

ra comprendo yo perfectamente por que llamaba Vd. retrógado al decreto-ley que tan intimamente unió, en España, *la práctica de ambas facultades* - ¡ Que funesta trascendencia, mi amigo D. Justo, debe haber tenido en nuestra patria ese error, hijo de la vanidad quirúrgica! . . . Pero ¿ de donde proviene que nuestros *hispano-galos*, por esa parte, parecen vaciados en el mismo molde?

D. JUSTO. Creo haber dicho á Vd. que en Francia la mayor parte de los estudiantes abusa mucho de su libertad.

Llegan los jóvenes á las ciudades en donde se estudia la ciencia médica. El mismo dia se inscriben en la facultad, en el CAFÉ y VILLAR; abonandose, antes de todo, al TEATRO. Gastan diariamente mucho tiempo en los tres últimos establecimientos. Siguen sin ningun orden, y á la vez, todos los cursos de la Escuela; librando siempre sus esperanzas todas en el brillo de una bonita cartera quirúrgica, ó en el de una hermosa caja de instrumentos: así nunca leen libros de medicina. - ¿ Qué claridad, qué enlace puede haber en ideas adquiridas como por casualidad? . . .

D. TORIBIO, Cuando espiran los años de estudio los manualillos sacan á nuestros hombres de apuros. . . . ¡ y aqui me tiene Vd. a nuestros portentos científicos, á nuestros profesores *en ambas facultades*!

D. JUSTO. No confunda Vd. todas las clases: la aristocracia la cria Dios; existe en todas partes; y mal podria dejar de existir en el imperio de las inteligencias.

D. TORIBIO. Ya entiendo: los jóvenes de mas talento y mayor aplicacion asisten á los cursos académicos en un orden metódico; leen, discuten entre ellos, consultan á sus maestros; y cuando pasan á los estudios clínicos, llegan con todo lo que se necesita para entender el gran libro de la naturaleza. Despues se les puede aplicar perfectamente el verso de Virgilio:

*Quantum lenta solent inter viburna cupressi.*

Hombre, pero parecia, á primera vista, que un cirujano, siendo simplemente cirujano, no ejerciendo *las dos facultades*, habia de morir de hambre.

D. JUSTO. Mui bien pudiera sucederle eso en estas islas; pero en Francia no: porque el gobierno tiene, en aquella Nacion, escelentes colocaciones para los buenos cirujanos, como cátedras, solas de heridos en los hospitales, etc.; y los sugetos que ocupan estos puestos distinguidos, cuentan siempre en las ciudades una numerosa clientela.

D. TORIBIO. Ya. . . y de ese modo se hallan los cirujanos mui interesados en perfeccionar su habilidad manual.

D. JUSTO. Para eso los jóvenes que, con verdadero talento y la aplicación necesaria, se dedican á la cirugía siguen casi exclusivamente la clínica esterna. Emplean una grande parte de su tiempo en ejercicios anatómicos; otra parte en el hospital, sirviendo de ayudantes á sus maestros, cuando estos practican operaciones quirúrgicas; ó ejecutando, bajo sus órdenes, diversas curaciones. En fin, consagran algunas horas del dia, pero principalmente de la noche, á la lectura de las mejores obras de cirugía, como las de Callisen, Beyer, Delpeche, Mr. Lallemand, etc. etc.

Los clínicos médicos estudian la anatomía; pero en lugar de pasar su vida en los anfiteatros, para adquirir una destreza manual que no necesitan, leen las obras de Hippócrates, las de Baillou, Sidenham, Stoll, Selle, Frank, etc. etc. Oyen á sus maestros junto á la cama del enfermo. Redactan las historias de las enfermedades que se observan en el hospital, y las leen despues en la sala de las conferencias clínicas. Cuando los enfermos mueren, se abren sus cadáveres bajo la direccion del catedrático, y los discípulos asisten siempre á aquellos actos complementarios de la enseñanza de la medicina-práctica.

Es pues incontestable, Sor. D. Toribio, que, desde la escuela, adquieren los médicos hábitos mentales muy diversos de los hábitos de los cirujanos. Si Vd. no estuviera reñido con la metafísica yo le diria que los cirujanos viven en la esfera de las sensaciones, y los médicos habitan la region de las abstracciones.

D. TORIBIO. Estoy convencido de que el talento del médico es un talento científico, y la habilidad del cirujano tiene mucho de mecánico, pues consiste, por la mayor parte, en una disposicion material.

La educacion facultativa que ambos reciben en las escuelas de medicina es la misma para ambos, y bien podriamos llamar *primaria* á esta educacion: mas *la secundaria*, la de los institutos clínicos, supone disposiciones muy diferentes. De aqui la necesidad de que haya médicos y cirujanos: la manía de querer serlo todo jamás tendrá otro resultado que producir infinidad de nulidades en ambas especies.

D. JUSTO. O es Vd., Sor. D. Toribio, uno de aquellos hombres que muy rara vez se encuentran, ó ha fallado Vd. el pleito condenandose á si mismo: porque Vd. ha ejercido, durante cuarenta años, lo que Vd. llama *las dos facultades*.

D. TORIBIO. Sé muy bien, Sor. D. Justo, que el candor filosófico de ciertos médicos se empeña en no ver sino *una simple division del trabajo* en donde los que conocemos mejor al público, y miramos mas por los intereses positivos de la profesion, vemos *dos facultades*: mas la tal di-

vision ( que parece imaginada para quitar el prestigio á la inmensa mayoría de los facultativos ) será muy útil en las grandes poblaciones, no lo niego; pero en los pueblos pequeños es preciso que un profesor haga de todo, y, bien ó mal, lo haga todo.

Cuando llegué á estas islas no se conocian en ellas otros facultativos que *los médicos puros*. La cirugía era mal mirada, á causa de su alianza impura con la barbería. Yo me presenté en este archipiélago como un redentor de la cirugía.

Para conseguir el fin que me proponía traté de dar al arte del operador una importancia que despues generalizaron los legisladores de 1827. Declamé constantemente contra los *médicos puros*; probando matemáticamente á los ojos de mis admiradores que sin haber amputado mil veces todos los miembros del hombre, era imposible saber curar ni una calentura inflamatoria, ni una calentura pútrida, ni ninguna enfermedad.

Pronto se me ofreció la ocasion de adquirir una asombrosa reputacion. Nacióle un gran tumor en los tegumentos del vientre á un escribano. Los cirujanos barberos habian aplicado toda clase de maturativos. Poco le faltaba al tumor para abrirse naturalmente: pero, queriendo yo pasmar á los admiradores de *la cirugía facultativa*, hize traer mi bolsa de instrumentos: tendilos sobre una mesa, esplicando á los circunstantes sus diferentes usos: anuncié lo grave de la operacion, lo peligroso de la enfermedad.

Dispusose el paciente, poniendo orden en sus asuntos espirituales y temporales. Concluidos todos estos preliminares hize que le atasen, y practiqué en el tumor cuatro incisiones, en cada una de las cuales coloqué, despues que salieron las materias, un grueso mechón de hilas secas. ¡ Como me acordaba del candil de la cocina de mi colegio! . . .

D. JUSTO. Esa primer campaña quirúrgica de Vd., Sor. D. Toribio, prueba que á la fecha ya habia leído Vd. su *Gil Blas* con notable aprovechamiento.

D. TORIBIO. Siguieron otras campañas de la misma especie. Yo era el Dios *de ambas facultades*; y no me costó mucho poner á la orden del dia esta opinion:

" No ejerciendo *las dos ciencias*, al mismo tiempo, es imposible acertar, jamás, en ninguna. "

Así, yo solo hacia entonces milagros, y no hacia otra cosa que milagros. La historia de aquellos pasmosos milagros le divertiría á Vd. mucho.

D. JUSTO. Pareceme que se puede juzgar de todos esos portentos quirúrgico-médicos por la tragi-comedia en que hize de primer galan el escribano.

D. TORIBIO. Tuve la gloria de crear, en esta provincia, tercer FACULTAD: la de *la ciencia y el arte de los partos*. ( 1 )

¡ Lo que son tierras nuevas, amigo D. Justo ! La rica mina de los partos me produjo, en pocos años, mas de mil onzas de oro.

Lamentaba yo filantrópicamente la triste suerte de la mitad mas hermosa del género humano, que, en los momentos mas interesantes de su existencia, se veia abandonada en manos de la ignorancia, siempre con riesgo de la vida. Los ociosos y noveleros repetian por todas partes mis declamaciones. Pronto llegó la cosa á tal punto que ninguna mujer creia haber parido bien, si habia parido sin mis especiales ausilios.

Ahora, Sor. D. Justo ¿ cuando ha dado, ni podrá dar jamás, la filosofía médica resultados tan positivos ? - Y no se diga, Sres. médicos filósofos, que nosotros no nos burlamos tambien ( mas que Vds, ) del vulgo de todas las clases, y de su necia credulidad: pero reimos *in pectore*; y continuamos, en medio de estrepitosos aplausos, beneficiando esa mina que tan rica se nos presenta. D. JUSTO. Cada vez me convenzo mas, Sor. D. Toribio, de que Vd. fué, en esta provincia, el precursor de todos esos *semi-médicos y semi-cirujanos* de esos *anfibijs transpireáicos*, en fin, de todos esos malandrines, de quienes Vd. tan amargamente se queja ; No parece sino que son discipulos de Vd ! - ¿ Por qué aborrecerlos tanto ?

Ellos, como Vd., sostienen que la cirujía *es el todo*. Ellos, como Vd., imitan á Fr. Gerundio, en cuanto á cerrar los libros, para no volver á abrirlos. Ellos, como Vd., creen, ó quieren hacer creer, que con algunas nociones de cirujía y *el descubrimiento del Gran Maestro Brussais* puede un mis-

( 1 ) *El verdadero arte de partear ( arte cuyo ejercicio exige la decencia quede reservado para que lo desempeñen las mujeres ); el verdadero arte de partear se reduce á mui poca cosa: y era tal la idea que los Griegos, nuestros maestros en todo, tenían de la sencillez de este arte, que llamaban á las parteras cortadoras del cordón umbilical.*

*Los comadrones debieron su origen, en la europa moderna, á las galanterías de la corte de Luis XIV: por que se les creyó mas propios que las parteras para cubrir el escándalo con el velo del secreto. Pero, andando el tiempo, se hizo moda parir en manos de malos cirujanos.*

*Estos, para darse importancia, ejecutan maniobras inútiles, instrumentan sin necesidad, y consiguen, á fuerza de ridículas oficiosidades, hacer partos difíciles, laboriosos, funestos, de partos que hubieran sido mui felices en manos de una comadre prudente y desnuda de toda pretension artística, de todo charlatanismo científico. [Nota del editor]*

mo hombre ejercer perfectamente lo que Vd. y ellos llaman *las dos facultades*. Ellos, como Vd., han hecho del parto (funcion tan natural como la generacion) una enfermedad. En fin, cada uno de ellos tienen, como Vd., *su Retórica y su Política*. ¿Estará Vd. zeloso de que ellos hayan entrado á esplotar esas minas, á las cuales creia Vd. tener un derecho esclusivo, como primer ocupante.?

D. TORIBIO. ( ¡ Ya me esperaba yo todo esto ! . . . ) ¿ Pero no le he dicho á Vd. que voi á mudar de vida ?

Pues sí, Señor. Renuncio á la cirugía. Renuncio principalmente á los partos. Renuncio, sobre todo, á Mr. Brussais; le detesto. ( 1 )

D. JUSTO. En Mr. Brussais hay dos personas: 1. el médico, el laborioso observador, el autor del tratado de las inflamaciones crónicas; 2. el declamador, el sistemático ambicioso. La primera persona hizo un grande servicio al arte de curar; la segunda ha causado males infinitos á la ciencia médica, y á la humanidad entera, creando algunas generaciones de malos médicos.

Sirvió Mr. Brussais en los ejércitos de Napoleón; y así como el Gran Capitan hubiera querido dominar el orbe entero, del mismo modo Mr. Brussais se propuso conquistar el mundo médico. Para conseguirlo montó á caballo en *la irritabilidad*; empezó á dar sablazos á todos los autores que enseñaban la verdadera medicina; y pronto consiguió, como él mismo lo dice, que *la juventud* abrazase su sistema con noble entusiasmo.

D. TORIBIO. ¡ Ya ! . . . ¡ no lo abrazarian ! ¿ Es poca cosa ser médicos, sin tener que estudiar ?

D. JUSTO. Tambien Vd. lo abrazó, Sor. D. Toribio.

D. TORIBIO. No me avergüenze Vd. - Confieso que ese es el mas feo de todos mis pecados facultativos: pero por que no se dijese que D. Toribio no estaba al nivel de la ciencia, á la altura de las luces del siglo. . . .

D. JUSTO. ¡ Y que ciencia ! . . . ¡ Y que luces ! . . .

Mr. Brussais apagó, para sus discípulos, los torrentes de luz que treinta siglos de experiencia habian derramado sobre el horizonte médico.

D. TORIBIO. ¡ No parecia posible que un fisiologista del siglo XIX ( ¡ y el fisiologista por escelencia ! ) fuese tan oscurantista !

D. JUSTO. Pues nada hay mas cierto. Los grandes médicos de Europa han juzgado su sistema con rigurosa imparcialidad. Vea Vd. el fallo definitivo, redactado por un célebre catedrático francés:

---

( 1 ) ¿ Con qué corresponderá, de hoi en adelante, el ilustre D. Toribio á la fé ciega que el público tiene en sus luces ? [ Nota del editor. ]

” Ese sistema se reduce todo á una sola idea; y esta es la más estrecha, la más ridiculamente exclusiva que se ha imaginado, desde que el entendimiento humano se divierte forjando sistemas de medicina. ”

D. TORIBIO. ¡ Lucidos han quedado los que no aprendieron otra cosa! . . . Y ahora, si quieren aplicar otros métodos, desatino sobre desatino. ¡ Ya! . . . ¡ no han estudiado! . . . De ahí es que á nuestros pretendidos facultativos les sucede, cuando en el escabroso terreno de la práctica se encuentran con un verdadero profesor, lo que al ignorante guerrillero colocado enfrente de un hábil y experimentado General.

Pero ellos se ingenian. - El vulgo no lee, ni entendería aun cuando lo leyese, el fallo que el tribunal supremo de la filosofía médica ha pronunciado contra el ambicioso sectario: y mis hombres consiguen deslumbrar á la muchedumbre, con llamar *antiguos, ontologistas é incendiarios* á todos los que no son tan ignorantes como ellos.

Mas no han de lograr nada con esa charlatanería. Me he propuesto dar al público el panorama quirúrgico-médico de las islas Canarias: y en mi obra se verá ( entre otras muchas cosas de comun utilidad ) que los médicos ignorantes son un azote de los más terribles que la cólera divina puede descargar sobre la especie humana; que esa ignorancia depende de tres causas: 1. el poco talento y la falta de aplicación de la mayor parte de los individuos que se dedican al ejercicio del arte de curar; 2. el error en que han caído esos mismos individuos creyendo *que la cirugía es el todo* 3. la peste intelectual de los sistemas exclusivos.

D. JUSTO. Bella es, sin duda, esa inspiración: mas cuidado, Sor. escritor, no echen mano vuestros adversarios del terrible *contra producentem*.

D. TORIBIO. ¡ Siempre burlo! Pero esas burlas, según Ciceron, son permitidas entre gentes bien criadas, y mucho más entre amigos y compañeros.

Reciba Vd. este cordial abrazo. Me voy á pasar seis meses en el campo, entregado al estudio y á la redacción de mi panorama. Esta obra es fruto de una larga experiencia. Se la enviaré á Vd. para que vaya por su mano á la imprenta. Yo espero me hará Vd. la fineza de corregir las pruebas: dulcificando aquellos rasgos que á Vd. le parezcan demasiado fuertes, y que á mi se me podrán escapar en el calor de la composición.

D. JUSTO. Díjeme á Vd. mil gracias, Sor. D. Toribio, por la demasiada confianza que Vd. tiene en los escasos conocimientos de su atento servidor.

Pero creo que no trate Vd. de componer un Poema, sino una Historia. Siendo una historia contemporánea, me parece no habrá gran dificultad en escribirla con exactitud. Además es un deber del historiador no alterar en

nada la verdad. Por lo mismo estoy persuadido de que al presentarse Vd. ante el tribunal del público, no olvidará Vd, esta fórmula usada en otros tribunales: *la verdad, toda la verdad, nada mas que la verdad.*

D. TORIBIO. ¡ Y verdades de á folio ! á Dios. ( 1 )

Por Miguel Villalba,  
Dor. en Medicina.

---

( 1 ) Este opúsculo, destinado en primer lugar á vindicar la Medicina del desprecio en que pudiera hacerla caer la incapacidad de muchos individuos que la ejercen, sin haberse tomado el trabajo de estudiarla, puede además ser útil al público de dos modos: 1.º poniendo á la vista de los jóvenes, que de aqui en adelante se dediquen al estudio y ejercicio de la profesion médica, los escollos que han de evitar, á fin de no caer en ridículo, despues de haberse hecho culpables para con la sociedad de muchos y graves desaciertos; 2.º enseñando á cada padre de familia á distinguir el verdadero médico del astuto y perjudicial charlatan. ¡ Que de lágrimas hace derramar diariamente el descuido, ó la ignorancia, en asunto de tanta trascendencia !!! ( Nota del editor. )

[The text in this section is extremely faint and illegible. It appears to be a large block of text, possibly a list or a series of paragraphs, but the characters are too light to be transcribed accurately.]

